

SERMON

DE SAN CECILIO, OBISPO Y MÁRTIR.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

SAN CECILIO NO TUVO OTRO FIN EN SU MINISTERIO SAGRADO QUE LA CARIDAD, Y CON LA MISMA CARIDAD LE DESEMPEÑÓ DIGNAMENTE.

Ignem veni mittere in terram ¿et quid volo nisi ut accendatur?

Vine á traer el fuego á la tierra, y ¿qué otra cosa quiero sino que se encienda?

S. Luc. c. 12. v. 29.

Cuando al oír el nombre de san Cecilio recordamos el desprendimiento de todos sus bienes, la ausencia de su familia y de su patria, las molestias de un viaje penoso para ir con sus santos compañeros á plantear en España la religion del Crucificado á costa de peligros, de fatigas, de contradicciones, de la salud y de la misma vida; á plantear una religion nueva, que contradice abiertamente á las costumbres recibidas y las creencias del país, á las preocupaciones y el culto antiguo que recibieron los habitantes de sus padres, y de que tan difícilmente se desprenden los hombres; que declara la guerra á todos los vicios y no ofrece recompensa alguna en esta vida; que léjos de estar protegida por los emperadores y potestades de la tierra, la han proscrito de todos sus dominios y persiguen de muerte á cuantos la profesan; ¿qué descubrimos en este hombre grande empeñado en una empresa que el mundo llamaría temeridad y locura, sino aquella caridad benigna y paciente que todo lo sufre, todo lo sostiene, todo lo emprende y todo lo espera? ¿Qué descubrimos sino un hombre encendido en aquel

fuego del amor de Dios que trajo Jesucristo á la tierra, y lleno de deseos de encenderle por todas partes?

Los horrores y persecuciones de los tres primeros siglos de la iglesia y la oscuridad de los tiempos, si bien no han podido borrar la memoria de san Cecilio, ni destruir la obra que edificó en nuestro suelo, no nos han permitido saber sus hechos particulares y circunstanciados, que no se trasmitiesen á la posteridad y quedaron en el silencio, hasta el día en que el Señor los manifieste todos y veamos su valor y la justa recompensa. ¿Pero qué necesidad tenemos de saberlos para formar su elogio, reconocernos deudores suyos, tributarle nuestros obsequios é implorar su proteccion? Sin entrar en un exámen crítico, ni exponernos á conjeturas dudosas, vemos desde luego un hombre apostólico encendido en el amor de Dios, y no temo ser reprendido si pongo en su boca las palabras del mismo Jesucristo: *Ignem veni mittere in terram ¿et quid volo nisi ut accendatur?* Vine á traer á la tierra el fuego de la caridad y amor de Dios, y ¿qué otra cosa quiero sino que se encienda?

He aquí la idea de mi discurso, reducido á manifestar que no se propuso otro fin san Cecilio nuestro patrono en su ministerio apostólico, que la caridad, y que con la caridad le desempeñó dignamente. Si nosotros tuviéramos esta caridad y nos inflamásemos en el amor divino, nos seria ligero el yugo del Señor y suave su ley, procuráramos su honra y gloria por todos los medios, y seria otra nuestra vida y nuestras costumbres. He aquí lo que debemos contemplar y los propósitos que debemos hacer con el ejemplo del que nos engendró en Jesucristo, ofreciéndole este obsequio al paso que celebramos su memoria. Dispensadnos Señor, los auxilios que necesitamos y os pedimos por la intercesion de María santísima. *Ave María.*

El Apóstol de las gentes, propagador celoso y admirable de la religion de Jesucristo y vaso escogido para llevar el nombre de Jesus á todas las naciones, de cuya grande alma no se apartaba la sollicitud de las iglesias que habia planteado, incansable en sus tareas despues de haber visitado nuestra España, fué á la ciudad de Roma, y en union con san Pedro como príncipe de los apóstoles, cabeza de toda la iglesia y vicario de Jesucristo, envió á esta region siete varones escogidos llenos de fe

y del amor de Dios á predicar la ley del evangelio, plantarla y asegurarla con sus virtudes, con sus milagros, con sus ejemplos y con su sangre.

¡Feliz España, alumbrada tan á los principios con las luces de vida y con la buena nueva que bajó de los cielos para todos los hombres! ¡Feliz España, sobre quien vela muy particularmente la prudencia de tu Dios, que te envía para tu consolacion y destruir de tu suelo la idolatría y la supersticion tantos operarios cuantos fueron los dias que ocupó en la creacion del mundo entero! ¡Feliz tú, ciudad de Granada en que está refundida la antigua Elvira; á quien despues de los trabajos de la peregrinacion y los prodigios con que el Señor aprobó y bendijo las tareas y deseos de sus nuevos profetas, cupo en suerte para sembrar la palabra divina en tu seno y cultivarla sin descanso el obispo san Cecilio, tu glorioso patrono y padre de tu fe!

¿Y qué objeto ha podido proponerse san Cecilio al penetrar por las puertas de la ciudad de Elvira para destruir sus ídolos, derribar sus altares, trastornar sus antiguos usos y plantear la cruz y la religion del Crucificado? El emperador Neron ha publicado la persecucion mas sangrienta contra todo el que se declare por cristiano, y se niegue á adorar á los dioses del imperio. Las gentes oyen con horror una nueva religion cuyo fundador acaba de ser muerto por los suyos en el patíbulo de los infames; los príncipes y potestades del infierno salen presurosos del abismo á defender su imperio; el universo se conjura y convoca á sus reyes, á sus magistrados, á sus filósofos y sus capitanes para vengar á sus dioses y defender los derechos en que se hallan las pasiones corrompidas; los sacerdotes y el pueblo, los grandes y pequeños se mofarán, insultarán, perseguirán á cuantos traten de alterar sus creencias y contener el freno de sus pasiones divinizadas con el ejemplo de sus dioses, con sus ritos y sus fiestas. Y cuando san Cecilio quisiera desentenderse de todas estas justas y ciertas consideraciones, no se lo permitirá lo que acaba de presenciar en la misma Roma, los cadalsos y hogueras que se levantan y encienden por todas partes para exterminar á los cristianos, y los edictos repetidos del emperador Neron que se hacen saber á todos los pueblos. ¿Qué pretende pues al encaminarse á Elvira á desempeñar el ministerio santo de su apostolado? ¿Busca los hono-

res, los aplausos, la gloria humana, las comodidades y regalos? La prudencia y la política humana le dictan todo lo contrario, y dan bastante á conocer que en aquellas circunstancias no era este el camino para lograr los bienes y felicidades que apetece el mundo. Sabe muy bien que le perseguirán, que le maltratarán, que será llevado de tribunal en tribunal y de cárcel en cárcel, y que al fin será muerto por Jesucristo; pero pretende predicar en público la religion de salud, confundir á los sabios, humillar á los poderosos y rendir á los pueblos que le ha destinado la divina Providencia al yugo suave de la fe. Pretende que se oiga la voz de la verdad, de una verdad temible y espantosa entre los que viven en la idolatría y el error, la voz del pudor y la modestia entre los que se han connaturalizado con la impureza, la voz de la humildad y la sencillez entre unas gentes acostumbradas á no apreciar sino la arrogancia, soberbia y vanidad; pretende que se rindan todos á Jesucristo y le reconozcan por su salvador, su redentor y su Dios; que todos le confiesen, le adoren y bendigan; no lleva ni se ha propuesto otro fin en la penosa mision que ha tomado á su cargo, que el encender á todos los hombres en el fuego de la caridad y amor de su Dios; el hacérsele conocer y amar como deben para que sean eternamente felices. *Ignem veni mittere in terram.* Si para esto ha de padecer tormentos, se gloriará en ellos y alabará á Jesucristo. Si ha de cargarse con los odios y sufrir los ímpetus y el furor de sus enemigos, se tendrá por dichoso. Si han de llenarle de oprobios y de ignominia, rebotará de gozo; si ha de morir en los tormentos y derramar su sangre en un patíbulo, esas son sus ansias y su corona. Todo lo considera, pero á todo se arroja, por todo atropella, nada es capaz de contener ni apagar el fuego de la caridad que arde en su alma, y ninguna otra cosa apetece, y por nada suspira tanto como porque se encienda y comunique á todos los hombres. *¿Quid volo nisi ut accendatur?* Todo está dispuesto á perderlo, porque nada estima ni apetece sino á su Dios, porque no tiene ni se ha propuesto otro fin en su sagrado ministerio que la caridad y amor de su Dios y de los hombres.

Gloriate, pueblo afortunado, y abre gustoso tus puertas al ángel que te envía el Señor para tu consolacion, para darte á conocer la salud que ha obrado con los hombres y para romper las cadenas de tu vergonzosa esclavitud y servidumbre.

Gloríate, y recibe en tu seno al que corre con pasos presurosos para evangelizarte. No temas los horrores de un conquistador sanguinario; no viene á usurpar tus riquezas, ni á explorar tu política para perderte, no viene á sembrar la discordia y desconfianza entre tus habitantes, no viene á corromperte y engañarte con ilusiones y mentiras; viene á predicarte la palabra de Dios oportuna é importunamente, á anunciarte el camino que ha de conducirte á la verdadera gloria; viene como un cordero entre los lobos lleno de humildad y mansedumbre á reenendrarte en Jesucristo, á hacer á tus hijos participantes de los bienes eternos, á padecer, á sufrir, á dar su vida en testimonio de la religion que te anuncia, á sacrificarse gustoso á trueque de encender en tu recinto el fuego de la fe y amor de su Dios. *Ignem veni mittere in terram ¿et quid volo nisi ut accendatur?*

¿De dónde nace, hermanos míos, que haya en nosotros tanta frialdad é indiferencia, tanto descuido y falta de celo cuando se trata de nuestro Dios y nuestra religion? ¿De dónde nace esa tolerancia y serenidad y tantas condescendencias reprensibles, tantos efugios políticos, tantas agudezas de la sabiduría y prudencia humana con que queremos cohonestar nuestro silencio inoportuno y perjudicial, nuestro temor á los furiosos de la impiedad y de la irreligion, nuestro miedo de perder los intereses y comodidades terrenas ántes que salir á la defensa de nuestro Dios, y ponernos como un muro delante de Israel? Nace de que no tenemos la caridad de Dios, de que no arde en nuestro corazon el fuego celestial que trajo Jesucristo á la tierra, de que en nuestro ministerio sagrado no nos hemos propuesto el fin recto de la caridad; nace esta falta de celo reprensible y criminal en todos los cristianos, de que no amamos á Dios. Si le amásemos, nuestro corazon y nuestros afectos serian otros, nuestras ideas y sentimientos serian otros, no esquivaríamos las batallas, seríamos los primeros á entrar en ellas y envidiaríamos la gloria de los que padecen y sufren en defensa de su Dios. ¿Qué hace el que está poseído del amor sensual de un objeto de la tierra, del interes, de la honra ó de cualquiera otra cosa perecedera? Y ¿es posible, me atrevo á quejar con amargura y dolor, es posible que el mundo y el infierno, que la relajacion y el error hallen sectarios y propagandistas intrépidos, y que la virtud y la fe escarnecida, mofada y combatida

de mil modos por todas partes, reclame el socorro de sus hijos y no haya quien oiga y atienda á sus lamentos? ¿Es posible que el incrédulo y el filósofo para defender y presentar con un aspecto agradable los delirios de su entendimiento bullicioso y rebelde, y para mezclar el veneno en sus conversaciones y escritos de un modo que no se deje sentir y se beba con gusto, trabaje dia y noche, combine la ciencia de los tiempos y las edades, fabrique el laberinto en cuyas calles se pierda y extravíe el pueblo incauto, sacrifique su fortuna, su fama, su sosiego y su vida con tal de que vea encendido en la iglesia el tizon de la discordia y el error, y que vivamos nosotros sepultados en el sueño de nuestra indolencia y permanezcamos insensibles al ver hundirse los altares y perderse la religion? ¿Es posible que en la relajacion de costumbres y extravíos de la fe apénas se halle uno que vuelva por la causa de Jesucristo, cuando en la causa de Dios y de la iglesia todo hombre debe ser un soldado? Y si no tenemos valor para defender una fe admitida y sostenida por tantos siglos y comprobada con tantos milagros, ¿qué valor hubiéramos tenido ni tendremos para llevarla á pueblos en que sea desconocida y plantearla de nuevo, venciendo todos los obstáculos y dificultades como nuestro patrono san Cecilio?

Tuvo la caridad y no se propuso otro fin que la caridad en el ministerio santo que tomó á su cargo; amó á su Dios y á sus prójimos, y no se propuso otro objeto ni otros intereses en su mision evangélica que este amor y caridad, y esta misma caridad le suministró los medios para desempeñar dignamente su ministerio apostólico.

Para extender Jesucristo su religion por todo el mundo envió á sus discípulos sin armas, sin defensa, sin recursos y sin mas provisiones que el anunciar su palabra con paciencia y humildad; pobres, desconocidos, de nacimiento humilde, sin ciencia para alucinar á los pueblos, como ovejas en medio de los lobos, dispuestos á sufrir, á padecer y á morir, tales eran los apóstoles á quienes confió el divino Maestro la conquista de todo el mundo; pero encendidos en el amor de sus Dios, llenos de una fe viva que obra por la caridad, llenos de amor á los hombres, enseñando con su ejemplo el precepto de la caridad que predicaban en nombre de su Maestro, no haciendo mal, volviendo bien á los que los aborrecian, orando y bendiciendo á sus per-

seguidores y verdugos, sufriendo sin quejarse, rogando á Dios, y muriendo en los tormentos vencieron al fin y extendieron la doctrina celestial, cooperando el Señor y confirmándola con sus milagros.

El Apóstol, instruido perfectamente en los medios necesarios para anunciar el Evangelio, y en las cualidades que deben tener los obispos para gobernar sus iglesias y para conquistar los pueblos á la fe, enseña con frecuencia que conviene que sean irreprehensibles, que sean fuertes en la fe, de doctrina sana, que muestren en sí mismos el ejemplar de todas las buenas obras, y sea su vida tal que se avergüencen y confundan los enemigos, no teniendo cosa alguna que echarles en cara; que su virtud sea el arma poderosa y eficaz, y establezcan la religion mas bien practicándola que predicando. *Non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in ostensione spiritus et virtutis.*

Elegido san Cecilio por los mismos apóstoles san Pedro y san Pablo para anunciar el Evangelio en España, su misma eleccion es suficiente prueba de que concurrían en él la paciencia y humildad, el amor de Dios y la caridad de los hombres, el buen ejemplo y vida irreprehensible que recomendaba Jesucristo y los mismos apóstoles despues, en los que habían de evangelizar la paz á los pueblos. Pero cuando no quedásemos convencidos con esta demostracion, de que san Cecilio desempeñó dignamente su ministerio con la caridad, nos lo dicen patentemente los felices resultados de su mision. Vino á una tierra inculta, sumergida en la idolatría y supersticion del paganismo y á oponerse á los judíos, enemigos no ménos temibles, que en su dispersion se habían acogido á la ciudad de Elvira y otras de nuestra patria. No venia á dominar, á juzgar y hacerse temer, no venia á gobernar segun las leyes del imperio con el auxilio de las armas; venia solo, sin auxilios del mundo, á mudar á los hombres, á convertirlos. Pondérese cuanto se quiera su sagacidad, su prudencia, su sabiduría; yo diré siempre que predicaria en vano si los pueblos no veían en él la práctica y el ejemplar de la caridad y las virtudes que anunciaba; yo diré siempre que solo una caridad y celo infatigable acompañados del ejemplo, pudo vencer tantos obstáculos, sobreponerse á tantas dificultades y salvar tantos inconvenientes para coger un fruto tan copioso. Yo diré siempre que si la sabiduría, la prudencia, la política y la fuerza pueden hacer á los hombres sabios, conteni-

dos, obedientes, subordinados y apacibles, el convertirlos y hacerlos santos no puede ser obra sino de la santidad. Y si san Cecilio mudó y convirtió á los pueblos, si reunió un rebaño abundante y le introdujo en el aprisco del pastor divino, prueba es el fruto de sus tareas, de su virtud, y de su admirable caridad. Prueba convincente eres tú, iglesia de Granada, en que despues de diez y nueve siglos dura la fe, las devociones y el culto que plantó en tu suelo y supo inspirar en tus habitantes san Cecilio, sin que haya sido interrumpido durante los tiempos de persecucion y de morisma. Prueba es la sucesion de dignos prelados que han conservado hasta nuestros dias la fe de Jesucristo en la cátedra de san Cecilio. Prueba son los varones santos que han ilustrado á esta iglesia y los concilios nacionales celebrados en Elvira, recomendables por su doctrina y disposiciones saludables, en que se trasluce el espíritu, la fe y la caridad de san Cecilio, ante cuyas cenizas se sancionaron. Prueba es en fin su muerte gloriosa y martirio sufrido en defensa de la religion que anunció, porque al fin murió en los tormentos para acreditarnos mas su amor á Dios y á los hombres, y para no dejarnos duda alguna de que no tuvo otro fin en su santo ministerio que la caridad, y que le desempeñó dignamente con una caridad que llegó al extremo de dar la vida por su Dios y por sus hermanos. Murió encendido en el fuego del amor de Dios que dejó ardiendo tambien en la tierra.

Vive ahora en la paz, hermanos míos, y en el reino del que ofreció llevar consigo á sus ministros. Vive en la doctrina que se nos enseña y los consejos que se nos dan en su iglesia. Vive en el ejemplo de caridad de Dios y de los hombres que dejó á nuestra imitacion. Vive para ser nuestro patrono, nuestro intercesor y nuestro abogado en el cielo. Nos gloriaremos en vano de ser de san Cecilio, si no tenemos su espíritu. Alcanzados, glorioso santo, el fuego de vuestra caridad, aquel amor á Dios y á los hombres que fué el alma de vuestras obras, para que con él procuremos la honra y gloria de nuestra religion, la confesemos, la defendamos y la observemos; nos sea gustoso el yugo del Señor, y nuestra vida y costumbres sean segun nos anunciaste y enseñaste con tu ejemplo: vida y costumbres cristianas, vida y costumbres de santos, vida y costumbres que nos merezcan acompañaros en la gloria. Amen.